

En uno encuentro preparatorio para la JMJ de los voluntarios de Ciudad Real, celebrado en Daimiel, con el nombre VIVO, se quería expresar el compromiso cristiano que nace de lo que CREO y CELEBRO; los jóvenes se encontraron con testimonios concretos. Uno de los 25, fue el de una familia. Una hija, que no estaba físicamente presente, envió su testimonio, que os dejamos aquí:

Creo en Dios

Por Sofía Reguillos Garzás

Creo que mi descripción debería empezar con algo así como: Hola, soy Sofía Reguillos Garzás, tengo 20 años, estudio Psicología en la Universidad Complutense de Madrid, tengo una enfermedad crónica llamada Fibrosis Quística, y creo en Dios.

Quizás puede parecer que hay datos superfluos, pero creo que son los justos y necesarios, precisamente: con mis apellidos nombro a mi familia, mi núcleo primario, lo que soy desde que nací, mis padres y mi hermana. Mi edad, con la que expreso que soy joven, y se presupone que como cualquier persona de mi edad, tengo mis amigos y amigas, salgo y me divierto, estoy en el pleno disfrute de la vida y soy feliz con ello. Estudio Psicología, la profesión a la que me dedique, o no, en el futuro, pero que son los estudios que me encantan y los que me dan vida. Expreso que tengo FQ, el eje central sobre el que gira mi existencia básicamente, puesto que es de carácter progresivo, pero aún tengo la energía para hacerle frente, y, el tema que aquí nos ocupa, expreso firmemente que soy creyente.

Me consta que mi familia ha de explicar por qué creemos en Dios. Por qué tenemos fe. Cada uno tenemos una historia particular, aunque creo que la raíz común, tanto de mi madre, como de mi padre y mi hermana, es la educación que hemos recibido de nuestras respectivas familias. Siempre nos han educado en una tradición cristiana, una familia creyente que inculcaba a sus hijas las enseñanzas de Cristo, y rezaban juntos por las noches, cuando éramos niñas, a la Virgen María o el Padrenuestro.

Pero muchas familias han hecho (o intentado hacer) lo mismo, y quizás no haya dado el mismo resultado. Influye el ambiente en el que crecen los hijos. Mi ambiente estuvo establecido por un colegio de monjas, el coro parroquial, catequesis, el movimiento Junior, Reina de los Ángeles y el Catecumenado de la parroquia con vistas a la confirmación.

Cada elemento ayudó a mantener un poco, de uno u otro modo esa fe. Pero no hubieran sido aún suficientes para que ahora, a mis 20 años, siga afirmando con total rotundidad que soy creyente. (Y más en la sociedad actual). Cada uno, al igual que vosotros, tiene su experiencia personal. La mía no será mejor ni peor que la vuestra. Simplemente diferente.

Vivo en Madrid, desde hace 2 años, y mi perspectiva sobre muchas cosas ha cambiado bastante, aunque no en lo esencial. Temas que antes me parecían

sin importancia ahora me son fundamentales, y temas antes existenciales ahora me resultan banales.

¿Por qué creo en Dios?

Justamente hace unas horas me han hecho esa misma pregunta. ¿Por qué tengo fe en algo que no puedo ver? ¿En un ser que se hace decir supremo sobre todo ser vivo (y por lo tanto mortal), que consiente la pobreza, la enfermedad, el suicidio, el miedo, las injusticias... sufrimiento en general? ¿Y cómo puedo encima decir que es bondadoso?

No soy teóloga. Ni científica. No he podido demostrar ni ser testigo de la existencia o no existencia de Dios. Pero, al igual que las premisas filosóficas que se han de tomar como verdaderas hasta que no aparezca otra que pueda refutarla, ¿por qué no creer en Él hasta que se demuestre lo contrario?

No creo en Dios por la tristeza. No creo en Dios por el miedo, o el terror. No creo en Dios por las injusticias, ni por las torturas o maltratos. No creo en Dios por la pobreza, por la insolidaridad o por las catástrofes naturales. Ni creo en Dios por la enfermedad ni por la muerte. No creo que Dios haya puesto en nosotros premeditadamente genes que hagan más débiles a unos seres humanos en comparación con otros. Ni creo que al diseñar el mundo se las ingeniara para esparcir todas las riquezas sólo en el hemisferio norte. Tampoco creo que mande lluvias torrenciales o haga temblar la tierra bajo nuestros pies.

Pero sí creo que no es capaz de cambiar todas las mutaciones genéticas habidas y por haber, que no puede borrar siglos y milenios de historia donde el hombre se ha aprovechado del pobre y le ha esclavizado, forjando las diferencias entre ambos hemisferios, y también creo que Dios ya no puede dar marcha atrás a lo que el ser humano empezó a hacer hace mucho tiempo, no creo que pueda ahora revertir todo el daño que la humanidad le ha hecho al planeta, y le sigue haciendo.

En una sociedad donde el egoísmo es el pan del cada día, donde el individualismo prima por encima de la preocupación por los demás y donde desde la universidad te inculcan que el amor “verdadero” no existe, y el altruismo es sólo una forma camuflada de egoísmo e intereses personales, yo me niego a creer en ello, y me acuerdo del amor incondicional que le da una madre a su hijo, en el amor de parejas que envejecen y mueren juntas o en el altruismo (que no egoísmo camuflado) de misioneros y voluntarios que ofrecen su tiempo, su cariño y en ocasiones su vida, por terceras personas que no conocen pero que, simplemente, son más desfavorecidas.

Y ¿qué queréis que os diga? ¿Es esta mi justificación? ¿Digo que Dios no es capaz de cambiarlo y ya está? Sinceramente, no. En lo más profundo de mí pienso que debe haber algo capaz de revertir el rumbo de las cosas. De hacer a los malos buenos y a los tristes, felices. Creo que Dios puso en nosotros la capacidad y la potencialidad, de alguna manera, de hacer frente a todo lo que sabía que se nos iba a venir encima. Creo que nos hizo fuertes y valientes, de ser capaces de mirar al miedo a la cara. Creo que esta vida no se puede

quedar así. Porque no lo veo justo. No veo justo que niños mueran sin conocer a sus padres, o que una madre tercermundista vea a su hijo morir porque no tiene qué alimento llevar a su boca. No veo justo que un padre deje en el mundo a hijos huérfanos porque una enfermedad ha decidido llevárselo, o por qué un terremoto sin previo aviso debe segar la vida de cientos y miles de personas. Creo que el Cielo está para eso. Para subsanar ese error que está en el mundo. Es mi esperanza. Quizá Dios no es capaz de eliminar la enfermedad, o la pobreza, pero nos da el cielo como recompensa de haber sobrevivido a ello. Quizás no puede evitarnos el dolor y el sufrimiento, pero se apiada de nosotros dándonos una vida eterna. Sin la cual, sinceramente os digo, que no vería sentido a ésta. No vería sentido a tanto dolor y sufrimiento, si no hubiera algo por lo que mereciera la pena vivir. Si no creyera en esto, de verdad, que no sé por qué creería.

Muchas veces tengo momentos en los que estoy enfadada con Dios. Incluso en los que me planteo su compañía hacia los que sufren. Mi situación personal es que tengo una enfermedad incurable, degenerativa, que no se puede parar. Yo misma y otros tantos como yo, tenemos que ver cómo día a día la gente se mata fumando, tomando drogas o corriendo riesgos innecesarios, mientras que nosotros tenemos miedo a nuestra propia vida, a perderla, e incluso a vivirla. Tenemos miedo a dejar de respirar. Estamos en una cuenta atrás que nos llevará a un trasplante, en muchas ocasiones no existente (por la escasez de donantes) por lo que muchos mueren en la lista de espera. Una vez trasplantado, si llega, tienes una segunda oportunidad de vivir, aunque con el miedo al rechazo, por el cual otros muchos han muerto. Se nos ha negado la oportunidad de formar una familia, de realizar sueños lejanos, de hacer planes de futuro. Tenemos que luchar día a día por seguir viviendo, por tener una calidad de vida, mientras la mayor preocupación de las personas de nuestra edad es qué se ponen el fin de semana, el examen de la semana que viene o si tienen gasolina en el coche. Y esto es injusto. Muy injusto. Y por eso me enfado con Dios, porque no sé aún a mis 20 años por qué ha tenido que tocarme la china a mí. ¿Pero sabéis? La enfermedad venía tanto de mi madre como de mi padre. No sabéis lo que daría por estar sana. Pero miro a mi hermana, y si la alternativa es que hubiera sido ella la que hubiese heredado la enfermedad, entonces me doy cuenta de que Dios es sabio. O por lo menos justo. Porque yo moriría 20 veces sólo por evitarle a mi hermana pequeña un simple momento doloroso de todos los ingresos que yo he tenido. Doy gracias de ser yo la enferma y no ella. Por eso, aunque me duele, sé que el dolor sería mucho más insufrible si fuera al revés, y como sé que era una u otra opción, acabo haciendo las paces con Dios, y accediendo a que lo que tenga que venir, vendrá. Soy capaz de aguantarlo. Y mi hermana tendrá una vida feliz.

El sufrimiento es sufrimiento en la medida en la que tú te lo tomes como tal. Obviamente no te hace feliz, pero debes aprender a vivir con él, de la mejor manera posible. Nunca será lo que hubieras preferido para tu vida. Pero es mejor que algunas otras alternativas. Por eso creo que Dios encuentra la manera de acabar siendo justo y solidario con nosotros. Con todos. Si no creyera en esto, sería atea.